

EL NIÑO QUE OLVIDABA

Palabra clave: Fuerzas Secretas

Había una vez un niño pequeño, un muchachito brillante, lleno de vida y siempre de buen carácter. Todos sus compañeros de juego lo querían muchísimo, porque podía contar las mejores historias de aventuras y sabía tantas cosas interesantes sobre países lejanos, personas extrañas, Espíritus de la Naturaleza y todo tipo de cosas que los demás no sabían.

Pero este niño era muy olvidadizo. Parecía que nunca, nunca podía recordar las cosas. Llegaba tarde al desayuno casi todos los días, y cuando finalmente llegaba a la mesa, tan seguro como podía ser, se olvidaba de peinarse o de atarse los zapatos o... bueno, siempre olvidaba algo.

Empezaba a ir a la escuela olvidándose de llevar todos sus libros, o quizás se iba sin su almuerzo, siempre, siempre olvidando hacer lo correcto en el momento adecuado.

Hasta el momento de esta historia, su querida y amorosa madre siempre estaba cuidando a este pequeño hijo suyo, llamándolo para que regresara a buscar los libros olvidados o lo que fuera. Pero un día memorable, como de costumbre, olvidó algo muy importante, y de eso trata esta historia.

Era un hermoso día brillante, cálido, y el aire estaba lleno de vida. Iba a haber un picnic, y todos estaban planeando unas vacaciones deliciosas. Como de costumbre, nuestro pequeño amigo se olvidó de vestirse adecuadamente y por eso llegó tarde al desayuno. Eso lo hizo llegar tarde a todo. Finalmente, la familia, cansada de esperar, se fue sin él. Cuando su madre salía, le gritó: "No olvides los fósforos".

La alegre partida comenzó a caminar hacia el bosque, y mientras iban de camino, hablaron sobre el niño olvidadizo. Alguien dijo: "Qué lástima que sea tan olvidadizo. ¿Qué se puede hacer al respecto?". Otro dijo: "Si tan solo decidiera recordar en lugar de olvidar siempre, le iría bien". "Solo es cuestión de fuerza de voluntad", dijo otro. "Cualquier cosa que decidas hacer, puedes hacerla".

Finalmente, nuestro pequeño niño salió hacia la fiesta, y después de haber caminado un largo trecho, recordó lo de los fósforos. Dio la vuelta y caminó de regreso a casa. Por supuesto, esto hizo que su caminata fuera muy larga, y llegó al picnic completamente agotado. También se sintió un poco avergonzado cuando se acercó a la alegre reunión; se burlaron de él y le preguntaron si había traído los fósforos.

"Apúrate, hazlo", gritó uno de los que estaban en el picnic. "Tenemos hambre y no podemos encender el fuego hasta que llegues con los fósforos", dijo otro. "La próxima vez traeremos los fósforos nosotros mismos, y entonces no importará si vienes o no".

Este último comentario realmente hirió al niño que siempre olvidaba, y pensó mucho en ello ese día. Sin embargo, ayudó a recoger las ramitas. Entonces uno de los niños dijo: "Bueno, si no olvidaste los fósforos, puedes encender el fuego". Así que lo encendió, y mientras las llamas crecían, se sentó allí mirando el resplandor. Al principio ardía lentamente, luego hubo un pequeño silbido, un sonido crepitante, y entonces una vocecita dijo: "Bueno, bueno, no te quedes ahí sentado mirando eternamente; dame más papel si esperas que queme estas ramas grandes. ¡Apúrate, date prisa, o me moriré antes de tiempo!".

El niño se sobresaltó, pero empujó un gran trozo de papel justo debajo de las ramas. Crepitando, crepitando, chisporroteando, entonces un resplandor tan espléndido. Fascinado, miró y miró,

porque apenas podía creer lo que veían sus ojos. ¿Qué era eso? Seguramente el fuego no estaba vivo. ¡Sí, también lo estaba! Las chispas estaban realmente vivas mientras saltaban entre las ramas.

"Ja, ja", dijo la vocecita, "supongo que no podrías tener fuego sin nosotras. ¡Oh, nosotras encendemos los fuegos y hacemos que ardan!", gritaron las chispas vivientes.

"¿Quiénes son ustedes?", preguntó el niño.

"¿No lo sabes?", dijeron las cositas retorciéndose en el fuego.

"No", dijo el niño, "nunca antes había visto lagartijas en el fuego".

"¡Lagartijas!", siseó el fuego. "¿Así es como llamas a los espíritus del fuego? ¡Lagartijas, en verdad! Somos las salamandras, y nunca en todo el mundo podrías tener fuego sin nosotras. No nos atreveríamos a olvidar venir, y también tenemos que llegar a tiempo, porque mucho depende de nosotras en este gran mundo. El gran Espíritu del Sol nos libera para trabajar en el mundo, y tenemos un trabajo muy importante que hacer. Algunos salamandras viven en fuegos de campamento como este; algunos viven en hornos en los hogares de las personas; algunos viven en grandes hornos en las acerías y otros lugares así".